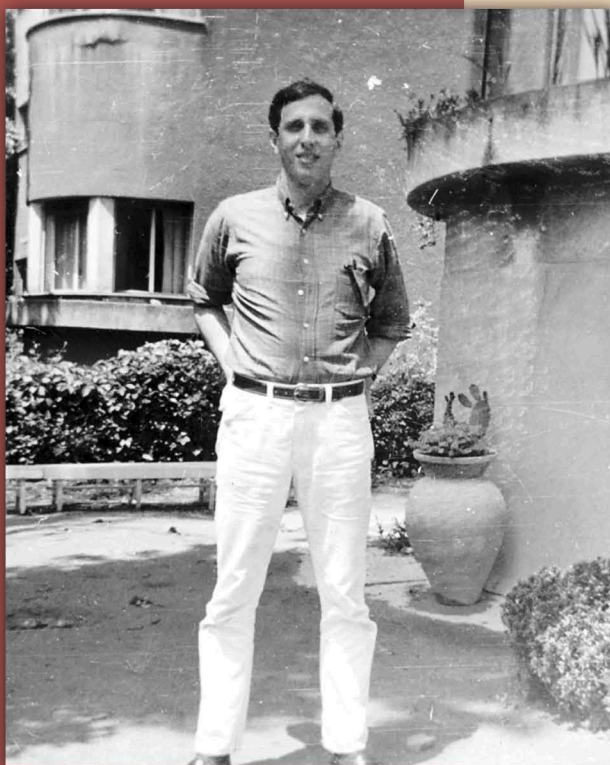


BIBLIOTECA JAVIER COY D'ESTUDIS NORD-AMERICANS

UN DIPLOMÁTICO AMERICANO EN LA ESPAÑA DE FRANCO

MICHAEL AARON ROCKLAND



PUV

UN DIPLOMÁTICO AMERICANO
EN LA ESPAÑA DE FRANCO

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans

<http://www.uv.es/bibjcoy>

Directora
Carme Manuel

UN DIPLOMÁTICO AMERICANO
EN LA ESPAÑA DE FRANCO

Michael Aaron Rockland

Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans
Universitat de València

© Michael Aaron Rockland, 2009
Un diplomático americano en la España de Franco

Título original: *Reminiscences of Spain*
Traducción: Carme Manuel

1ª edición de 2011
Reservados los derechos
Prohibida su reproducción total o parcial
ISBN: 978-84-370-8402-2

Imagen de la portada: Foto original de Michael Rockland. El autor delante de su casa en la calle Cidacos nº 4, en la Colonia de El Viso, Madrid

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Publicacions de la Universitat de València
<http://puv.uv.es>
publicacions@uv.es

Michael Aaron Rockland

Obras

No-ficción

Sarmiento's Travels in the United States in 1847

America in the Fifties and Sixties: Julian Marias on the United States (editor)

The American Jewish Experience in Literature

Homes on Wheels

Looking for America on the New Jersey Turnpike (con Angus Gillespie)

Snowshoeing Through Sewers

What's American About America?

Popular Culture: Or Why Study "Trash?"

The Jews of New Jersey: A Pictorial History (con Patricia Ard)

The George Washington Bridge: Poetry in Steel

Novelas

A Bliss Case

Stones

Guión

Three Days on Big City Waters (con Charles Woolfolk)

Este libro está dedicado a mis muchos amigos españoles,
que siempre me han hecho sentir en su país como en casa.

Estás en tu casa es una expresión maravillosa.

Índice

Prefacio	13
Cómo me las apañé para no estrecharle la mano a Franco	17
Mis toros	27
Con Martin Luther King en Madrid	39
<i>Doctor Zhivago</i> : rodaje de una película en España	53
Los Kennedy	67
Las bombas de Palomares y la Casa Americana	79
Comida y propina	97
<i>Lost in Translation</i>	109
Un judío en España	125
Una geografía protestante	141

Prefacio

Llegué a España por primera vez en diciembre de 1963 como agregado cultural adjunto de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid. Una de las anomalías de mi vida es que mientras en mi país sucedían una infinidad de cosas durante esos años —el arrollador movimiento antibelicista, la agitación en defensa de los derechos civiles, la efervescencia universitaria en todo el país, la revolución sexual, la difusión del hábito de fumar marihuana...—, yo era un empleado de ese mismo gobierno contra el que se estaba luchando en tantos frentes. En realidad mi personal década revolucionaria no llegó hasta los 70.

Mis amigos a ambas orillas del Atlántico se han preguntado siempre cómo es posible que alguien con unos intereses y un talante político como los míos pudiera haber pasado aquella época trabajando para la administración estadounidense. La respuesta es muy sencilla: cuando John Kennedy, en su discurso inaugural, dijo aquello de “No preguntes lo que tu país puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por tu país”, yo me tomé sus palabras muy a pecho y de manera literal. Yo quería formar parte de lo que el presidente denominó “la nueva frontera”, es decir, de su programa de política interna por el que prometía fondos federales para la educación, atención sanitaria para la tercera edad, la intervención gubernamental con el fin de detener la recesión, medidas firmes para acabar con la discriminación racial, y en especial, una política exterior más racional que yo podría ayudar a implementar. Ser miembro de aquel gobierno era igual a compartir aquellas ilusiones, de la misma manera que hoy en día muchos jóvenes se sienten atraídos por la figura del presidente Barack Obama, gracias a quien un importante número de norteamericanos de todas las edades ha recuperado sus sentimientos de

patriotismo tras los desastrosos años de George W. Bush. Como se suele decir, más vale tarde que nunca.

No ha de confundirse patriotismo con nacionalismo. El patriotismo consiste en sentir orgullo por el propio país; el nacionalismo, en creer que el país de uno es mejor que cualquier otro. Yo era y sigo siendo, a pesar de las muchas y obvias imperfecciones de Estados Unidos, patriota.

Cuando me marché de España a finales de 1967 me fui entristecido, no sólo porque sentía un profundo afecto por este país que tan bien me había acogido, sino también porque el nuevo destino que me había tocado era nada menos que Vietnam. Síntoma de la obsesión de Norteamérica por Vietnam era que a mí me quisieran enviar allí, porque para aquel entonces yo hablaba castellano casi como un nativo y había acabado mi tesis doctoral, que había ido realizando en mis momentos libres, sobre un escritor y político argentino y los Estados Unidos. Me habría encantado seguir en España para siempre o que me destinaran a algún país latinoamericano. El que mi gobierno decidiera mandarme a Vietnam parecía calcado a lo que sucede en la novela, ahora un clásico de la literatura, de Joseph Heller *Trampa 22*: si no querías ir a Vietnam, ya te enviaría el gobierno; si querías ir, pensaban que estabas loco y no te mandaban.

No me cabía en la cabeza lo que un agregado cultural podría hacer en Vietnam. Por aquel entonces yo ya había llegado a la conclusión de que la guerra era un error trágico. Tenía, por otra parte, tres niños pequeños a los que me negaba a abandonar por una causa tan dudosa, porque hay que tener en cuenta que a los diplomáticos, tras la ofensiva de Tet en 1968, ya no se les permitía ir con la familia a Saigón. Al final decidí que no estaba dispuesto a pasarme trece meses de mi vida estudiando veinticuatro horas al día vietnamita en el instituto de asuntos exteriores del Departamento de Estado de Washington para ponerme a un nivel decente en ese endemoniado idioma, cuando para el mismo nivel en español había necesitado únicamente cuatro meses. Y así fue cómo, a pesar de que yo me había hecho la idea de hacer carrera en el cuerpo diplomático y había albergado la esperanza de llegar a embajador algún día, me vi obligado a renunciar. La verdad es que durante toda mi vida me he debatido entre mi lado político y mi veta artística. Las circunstancias forzaron la elección, pero he de decir con toda sinceridad que jamás me he arrepentido de la decisión que tomé.

Además, desde entonces siempre he tenido libertad para volver a España, y me gusta más visitar el país no siendo funcionario gubernamental. Vuelvo la vista atrás

y, al recapitular, me doy cuenta de que he estado volviendo a este país casi todos los años de mi vida: a veces invitado como conferenciante, otras como escritor para hablar de mis obras, y otras sencillamente como turista de vacaciones con la familia. España ha sido y continúa siendo un tesoro para mí. Y he pensado que ya era hora de compartir mis pensamientos y vivencias en la España de los 60 con más gente, razón por la que he escrito este libro.

Estoy seguro de que mis recuerdos de esa época están condicionados por las muchas experiencias que desde entonces he tenido en esta tierra. Ya se sabe que la memoria engaña, que no es de fiar. Siempre existe el riesgo de que uno se acuerde de lo que elige acordarse. Por otra parte, aunque soy escritor, intentaré reprimir al máximo mis instintos fabuladores.

Durante los cuatro años en que viví en España todos los días conocía cosas nuevas y cada día era como un despertar a la sorpresa. Es posible que a las personas que lean esto les interese saber cómo era este país hace más de cuarenta años a los ojos de un extranjero. Eran los años en que el régimen de Franco había adoptado el eslogan aquel de “Veinticinco años de paz”. Claro está que se tenía que preguntar a qué precio.

España me resultaba un lugar fascinante, pero sé que no era el único que sentía lo mismo. De hecho varios escritores norteamericanos habían visitado esta tierra en otros tiempos y se habían quedado prendados de su cultura: Washington Irving, Henry Wadsworth Longfellow y Ernest Hemingway, entre otros. Me sentiría muy honrado si, por poco que fuera, mis impresiones pudieran añadirse a las de tan ilustre compañía. He viajado por todo el mundo, impartido conferencias en veinticinco países, pero siempre regreso a España. Si pudiera tener una segunda patria, ésa sería sin duda España. Como mi propio país, España ha tenido y sigue teniendo sus defectos, pero fue en esta tierra donde aprendí a disfrutar de la vida. *Disfrutar* es una palabra que me encanta. En España conocí a buenos amigos, buena comida, buen vino y un paisaje que todavía me conmueve. En cierto sentido me enamoré de España y de sus gentes, y no miento si digo que todavía sigo enamorado de ellas.

